

Ignacio Lasso

Sazón de la canción autóctona



En realidad no existe la canción autóctona. Y no se puede hablar de un contenido específico de la copla indígena. El indio no sabe acomodar la palabra a la melodía: su instinto musical no admite la mixtura de los vocabularios. Fuera del Jaichigua, coro ritual de eclosión terrígena con un sentido religioso-cosmogónico, herencia del Incario, no se encuentra en el folklore nativo ningún acoplamiento espontáneo de lírica y música. Los abruptos acordes de la lamentación aborígen saltan de la escala pentatona a un vasto silencio poblado de resonancias. Sin embargo, podría asimilarse a la canción —especie de cante jondo fúnebre— la tesitura desesperada del llanto de las plañideras; y también esa cierta guaza onomatopéyica de los jolgorios, en los que el humor silvestre y constreñido del indio se trenza al ritmo del sanjuán con un obstinado acento zumbón.

Estos ingredientes de base hacen la fórmula de la canción típica y la caracterizan. Así surge el folksong

regional, cuya filiación mestiza es inequívoca. La tara ancestral de la música india: la angustia telúrica del altiplano sembrado de volcanes, la melancolía mitimae, la resistencia pasiva al mal, la tremenda soledad de los espíritus en la cárcel del cuerpo, la fatiga muscular de la fuerza, la sumisión inevitable al desastre, la fidelidad agraria, esa ternura comunal de las familias, el magnífico sentido del espacio: todo esto, y tantas cosas, palpita al fondo del pasillo ecuatoriano, del sanjuán, del yaraví, de las modalidades de importación, a las cuales el mestizo les ha prestado un elan inconfundible, un amargo y triste contenido, una fuerte nostalgia turbadora de tan recia sacudida hasta lograr producir un efecto fisiológico de ablandamiento, de lasitud, de inercia.

El indio—hombre colectivista—sólo puede cantar en colectividad, en rito y en acción de gracias. Su música va sola como un lamento arrumbado de lágrimas agudas y lancinantes.

La copla es sublimación erótica, es amor individualizado, es ternura movida por acicates sexuales, es impulso lírico embutido en música. El indio está lejos de sentir y asimilar la copla. Es el cholo quien aprovecha el sedimento espeso y rico de la sentimentalidad del indio para decir toda la magnitud de su ensueño.

Introvertido y huraño, solo el lenguaje incoersible de la música, le hace estallar al indio en esa congoja pertinaz de rondadores y quenás llorosos, de violas que lastiman el alma, de bocinas estranguladas en un tré-

molo de odio y de tambores con su atormentada orden de marcha.

Mientras el negro teje el áspid de su ardoroso instinto, de su lujuria mágica, de su horror elemental en lianas selváticas de ritmo; el indio depura y alarga su melodía sin desarticularla y más bien soldándola en un puro sentimiento de integración cósmica, de dolor ecuménico.

La enorme soledad del hombre en el exilio, la desposesión de su tierra, de su historia, de todo instrumento de defensa, y su incertidumbre en el futuro y sus cuitas de cada momento que hacen más patente el infortunio; producen la angustia infinita de la música india tan parecida en esto a la música rusa.

En la grandiosa solidaridad de la música, se identifican el mujik y el siervo de la gleba americana.

Por eso advertimos en la copla mestiza este fermento conmovedor que nos abate, nos deprime y nos enardece; con su dulzura de sufrimiento quieto, con su inefable contacto, con su tristeza honda, y a veces, con su rencor feroz de piedra, golpeando el pecho, o de lanza buída, atravesándonos la garganta.

Música dilacerante de un fraternal dolor universal: cuando logre vaciarse en los grandes moldes clásicos, nuestra música autóctona conquistará el mundo mucho más que la música negra.

Quito.—Ecuador.—Septiembre 14 de 1937.